



Teoría Social, Cuerpos y Emociones

Adrián Scribano
Compilador

“Lo importante es mantener la situación”: cuerpos y emociones en las interacciones desde Erving Goffman

Romina Del Monaco

Introducción

El objetivo de este escrito es indagar el lugar que Goffman le da al cuerpo y a las emociones en su desarrollo teórico. Debido al vínculo conceptual y empírico que se observa en ciertos trabajos de este autor se retoman: Estigma (2006a), La presentación de la persona en la vida cotidiana (2006b), Internados (2007) y Rituales de Interacción (1970). En primer lugar, se describen algunas de las nociones más significativas de la teoría de Goffman focalizando en: la distinción entre actor/personaje, la constitución del sí mismo, la definición de cara y el significado de “trabajos de cara” y el lugar que ocupa para este autor la moralidad. Luego, a partir de las categorías descriptas, se explora y analiza el lugar que este autor le dedica en sus escritos al cuerpo y las emociones.

Los intereses de la sociología a mediados del siglo XX estaban orientados a los análisis macro sociales y a los efectos que las estructuras tenían sobre los individuos. Corrientes teóricas como el estructural funcionalismo planteaban un sujeto cuya capacidad de acción, prácticas y comportamientos estaban orientadas y limitadas por condiciones estructurales complejas de modificar.

A partir de la década de 1950, Erving Goffman se propone explorar un campo que la sociología hegemónica de esa época había dejado de lado. La preocupación de este autor se orienta al análisis de las micro-interacciones diarias. Para eso, recurre a observaciones cotidianas, manuales de etiqueta y, principalmente, al estudio de las relaciones que se establecen en instituciones psiquiátricas. Este último caso le permite analizar no sólo los vínculos entre pacientes, médicos y enfermeros sino también, las relaciones sociales por fuera de estos muros a partir de la constitución de los mismos.

En “Rituales de Interacción”, parte de los datos surgen de observaciones a pacientes mentales dentro de la institución. Justifica esta metodología diciendo

que se trata de un lugar lógico para conocer cuáles son los elementos de “decencia personal” socialmente reconocidos que hacen que estas personas, por haberlos perdido, se encuentren encerradas. En un hospital se encuentra todo aquello que queda por fuera de lo “correcto y normal”, sin embargo, son estos espacios y las reglas que en ellos se violan (generales de extender por fuera de la institución) lo que permite analizar qué sucede por fuera de las mismas, en las sociedades anglo-americanas (Goffman, 1970).

Entonces, su teoría sobre las interacciones sociales surge, en especial, en aquellos lugares donde, paradójicamente, los vínculos, “reglas de etiqueta” y comportamientos, se han fracturado o roto. Hay autores previos a Goffman que tuvieron un papel fundamental en el desarrollo teórico de este autor y en la teoría del Interaccionismo Simbólico tales como: Thomas, Cooley y, principalmente por los desarrollos teóricos y publicaciones, Herbert Mead¹.

La relevancia que adquieren las interacciones cotidianas y los modos de encontrarse con otros hace que desde la sociología se focalice en aspecto que, desde los análisis macro estructurales, se dejaban de lado por el papel secundario que tenía el individuo.

La importancia de explorar, desde la micro sociología, cómo actúan los sujetos en las pequeñas interacciones diarias, permite conocer los elementos mediante los cuales más allá de los intereses individuales, las interacciones tienden a mantenerse.

Es en este sentido que indagar en la teoría de Goffman permite conocer el lugar protagónico que este autor le da al cuerpo y a las emociones en las interacciones cotidianas. Emociones, gestos, sensaciones, movimientos, miradas, comportamientos de los otros intervienen en nuestras formas de “ser en el mundo” y de actuar.

Con el tiempo, las emociones se convierten en un campo de estudio de la sociología que rescata la vida emocional y la sitúa en la reflexión sociológica. Es decir, explora cómo los sentimientos y emociones forman parte de un proceso constructivo mostrando que la esfera emocional está permanentemente atravesada por una enorme racionalidad que es activada no sólo por el individuo como actor sino por aparatos donde descansa el orden social (Luna, 2007).

1 Tanto la “teoría de los deseos” de Thomas, la “teoría del espejo” de Cooley y el otro generalizado que desarrolla Herbert Mead son “telón de fondo” de los desarrollos de Goffman.

Interacciones cara a cara

Las actitudes aprobadas y su relación con la cara hacen que cada hombre sea su propio carcelero. Esta es una coerción social fundamental, aunque a cada hombre puede gustarle su celda
Goffman, 1970: 17

La analogía con el teatro le permite a Goffman analizar cómo en los encuentros con otras personas desarrollan distintos papeles de acuerdo a las situaciones en las que se encuentran y a lo que creen que los demás esperan de ellos. Este escrito se guía por dos premisas centrales para Goffman: “es más importante lo que las personas emanan que lo que dicen” y “las impresiones que uno cree causar son las que otros recogen y eso define la situación” (Goffman, 2006b).

Como el cuerpo es una “máquina de emitir impresiones”, los personajes están constantemente expuestos a poner en peligro su situación si no son capaces de controlar lo emanado. Se trata de información que puede ser percibida por los demás y que el sujeto que actúa no siempre puede prever ni controlar.

Aquí se evidencia la distinción entre actor y personaje. Si bien al actor le interesa que le atribuyan ciertas características cuya imagen sea reconocida por los otros, el personaje es quien, finalmente, desarrolla la escena. El personaje actúa y durante esa actuación no puede pensar ni programar lo que va a hacer sino tomar decisiones rápidas e inesperadas de acuerdo a cómo se esté desarrollando la situación.

De esta forma, el actor (racional) puede planear emitir ciertas impresiones, algo que se convierte en una tarea extremadamente compleja para el personaje cuya particularidad es emitir emociones, impresiones y, también, crear interrupciones involuntarias que pueden poner en peligro la situación. Cuando esta información (no esperada) aparece en escena modifica la disposición de los personajes e interviene, de distinto modo, en las sensaciones y emociones de cada uno de ellos.

Frente a estos casos, es fundamental que exista en los personajes algo que se va a mencionar reiteradas veces en este escrito y que Goffman le da una importancia fundamental: *el trabajo de cara y el tacto*.

El tacto les permite a los personajes saber cuándo la situación está en peligro o cuándo le están creyendo el papel y, frente a estas contingencias, intentar mediante distintas estrategias “salvar esas situaciones”.

La noción de cara es más compleja porque no remite sólo a la parte del cuerpo “cara” sino que se trata de la imagen de la persona delineada en términos de

atributos socialmente aprobados. La cara es un valor social “positivo” que la persona reclama efectivamente para sí por medio de la línea que los otros suponen que ha seguido durante determinado contacto (Goffman, 1970).

Pueden suceder distintas situaciones con esa cara. La persona mantiene la cara cuando la imagen que muestra es reconocida por los otros como una imagen coherente. Por eso, para Goffman la cara no se encuentra sobre el cuerpo sino que se trata de algo difuso que aparece en los encuentros y que está en constante definición.

Los personajes pueden estar con *una cara equivocada* (presentan información que no es coherente con la imagen), *estar sin cara* (cuando no preparó el personaje o cuando bromas de los otros dejan a la persona sin cara) o *estar en cara*. Estas distintas caras con las que pueden estar los personajes y la habilidad para realizar cierto trabajo de cara es fundamental para las interacciones y muestra la relación que surgen entre gestos, movimientos corporales y las sensaciones que repercuten en la persona y los otros, consecuentemente, el estrecho vínculo que aparece entre cuerpo y emoción.

Para eso, es necesario que se realicen distintos *trabajos de cara*, es decir, acciones efectuadas por una persona para mantener una imagen coherente y evitar incidentes o sucesos cuyas consecuencias puedan poner en peligro la cara y la situación. Siguiendo a Giddens (2006), en las destrezas de interacción que los actores revelan en la producción y reproducción de encuentros, es notable el anclaje en una conciencia práctica. De acuerdo a este autor, en la estructura de los encuentros que analiza Goffman, es inherente más tacto que cinismo².

“El tacto –un acuerdo conceptual latente entre quienes participan en contextos de interacción– parece ser el principal mecanismo que sustenta una “confianza” o seguridad ontológica³ por largos recorridos de espacio tiempo. El tacto con el que se mantiene el cercamiento de un compromiso convencional se revela con claridad en circunstancia que amenacen fracturar ese cercamiento” (Giddens, 2006: 109).

Asimismo, en los escritos de Goffman, se observa una doble vinculación del tacto como aquello presente en todas las interacciones, relacionado con las acciones y prácticas realizadas, y también esta noción se vincula con un sentido (en

2 Giddens resalta que no se puede extraer como conclusión de los trabajos de Goffman (como hacen muchos autores) que las interacciones sean estudiadas o supongan una manipulación cínica.

3 La seguridad ontológica es la certeza o confianza en que los mundos natural y social son tales como parecen ser, incluidos los parámetros existenciales básicos del propio-ser y de la identidad social (Giddens, 2006:399)

inglés: "sense of touch") que refiere a la posibilidad de que durante la interacción se pueda "percibir, tocar la situación" y actuar a partir de esas sensaciones que intervienen en el personaje.

El tacto permite reconocer cuándo se "está perdiendo la cara" o cuándo "se mantiene la cara y se goza del beneficio de la creencia en ese personaje". En este último caso, el personaje se siente confiado de su actuación, lo que le posibilita presentarse ante los demás con seguridad. Seguridad que implica una conjunción de elementos: en primer lugar, la seguridad es lo "aceptado" y "adecuado" socialmente que se hace cuerpo y que, por lo tanto, a través de emanaciones (adecuadas o no) pone en juego la credibilidad del personaje en el contexto de interacción. En segundo lugar, la seguridad repercute en el desarrollo de esa interacción dado que si el individuo se siente "seguro" y "cómodo" con su papel tendrá mayores posibilidades de controlar la situación que los otros.

La prevalencia del tacto, la confianza o la seguridad ontológica, se consume y sostiene por las destrezas que emplean los agentes en la interacción. Las cuales se basan en gobernar, a partir de normativas y reglas, los detalles más insignificantes del cuerpo. Hecho que se pone de manifiesto cuando esos detalles fallan, faltan. Por ejemplo, en "enfermos mentales" o de manera transitoria en deslices corporales o verbales cotidianos (Giddens, 2006)

Cuando una persona está con una cara que no se corresponde con la situación aparecen expresiones, emociones que no siempre se pueden hilvanar con los sucesos de esa interacción y dificultan mantener un personaje coherente. Por ejemplo, sentimientos de culpa, vergüenza, angustia que se manifiestan en experiencias corporales y emocionales del sujeto y pueden hacer que el rostro se "ponga colorado", aparezca transpiración, llanto, etc. Estos estados modifican la percepción que los demás tienen de uno y, por lo tanto, modifican el desarrollo de la interacción.

Si bien la cara social puede ser la posesión más personal y el centro de seguridad y placer del personaje, es fundamental resaltar que sólo se trata de algo que este personaje recibió en préstamo de la sociedad y que le será retirada si no se conduce del modo que la sociedad espera (Goffman, 1970)

La cara de los personajes es un elemento central durante las interacciones cotidianas. Las caras se mantienen, se salvan, se pierden y en cada uno de estos casos los personajes deben responder y actuar con rapidez y tacto para "salvar su cara" y, consecuentemente, "la situación".

Los motivos por los cuales los individuos pueden querer salvar su cara son variados y disímiles. Puede ser por apego emocional a la imagen del yo que

expresa, por su orgullo, honor, por el poder que su presunta posición social le permite ejercer sobre los otros, etc. Puede querer salvar la cara de los demás por su apego emocional a una imagen de ellos, o porque siente que sus co-participantes tienen derecho moral a esta protección (Goffman, 1970).

Sí mismo(s)

El *sí mismo* es una noción central en la teoría de Goffman por varios motivos. En primer lugar, hay tantos sí mismos como interacciones, es decir, en cada actuación el sí mismo se pone en juego y dependerá de innumerables cuestiones que la imagen que el personaje reclama para sí se corresponda con la que le dan los demás. Por eso, es la creencia de los otros en ese personaje lo que define al *self* o *sí mismo* al final de la interacción. Cabe aclarar que Goffman emplea una doble definición de sí mismo: el sí mismo como una imagen que se construye a partir de las implicaciones expresivas durante las interacciones y los sucesos que acontecen en ellas y, el sí mismo como un tipo de jugador en un juego ritual, que enfrenta honrosa o deshonrosamente, diplomáticamente o no, las contingencias de juicio de la situación (Goffman, 1970)

Si bien no se corresponde con los objetivos de este escrito analizar las diferencias entre Goffman y otros autores que abordan temáticas similares, considero necesario realizar una mención al *Self* que define Mead (1953) dadas las diferencias significativas con el sí mismo de Goffman.

De acuerdo a Mead, existe un proceso que convierte al organismo en persona y permite que los sujetos interactúen con otros. Se incorpora el lenguaje y se adquieren pautas, normas y formas de comportamiento. Una de las funciones del sí mismo es la posibilidad de que las personas se conviertan en objeto y sujeto, es decir, se hagan indicaciones a sí mismas antes de hacerla a otros y de esta forma conocen las reacciones posibles y deciden actuar a partir de esas impresiones que causa en uno lo que se pensaba expresar a otro. Para Goffman, en cambio, el sí mismo es resultado del proceso de interacción y se define al final de la misma. Se trata de algo central y novedoso que plantea este autor y que tiene que ver con el protagonismo dado a las expresiones corporales y emocionales (mencionadas previamente en especial en relación al trabajo de cara) que intervienen y generan posibilidades de que durante los encuentros con otros esas interacciones se “caigan”, “mantengan” o “salven” por circunstancias que exceden lo verbal y que se relacionan con lo emanado por los sujetos.

Cuerpos y emociones

Nuestro cuerpo puede ser nuestro mejor amigo o nuestro peor enemigo
Chejov, 1959:21

Para Goffman el cuerpo ocupa un lugar protagónico y excede la consideración de mero instrumento del actor para poner en juego distintos personajes y definir situaciones. La corporalidad se manifiesta de diferentes formas y no siempre está del lado del actor. Las miradas, los gestos, las posturas son atributos de la corporalidad que no siempre se manejan de acuerdo a las intenciones de los personajes y son elementos que conforman y dan forma a las interacciones cara a cara durante la co-presencia. Es decir, el cuerpo puede poner de manifiesto aquello que se quiere ocultar y que puede poner en riesgo las interacciones cotidianas.

El significado de una situación particular evoca sentimientos específicos que son manifestados a través de ciertos gestos expresivos y acciones instrumentales, a lo cual otras personas pueden responder con aprobación o desaprobación, simpatía o indiferencia (Luna, 2007).

La pérdida de equilibrio o de dominio de sí se ven a través del cuerpo. Cuando una persona no puede hablar o moverse de acuerdo a como le gustaría, repercute en su presentación ante otros. Esta imposibilidad de cumplir con lo deseado frente a otros hace que se sienta aturdido, perdido en la situación.

En nuestras sociedades el aturdimiento es prueba de debilidad, inferioridad, baja posición social, culpabilidad moral, etc. Por eso, cuando aparece el desconcierto, el individuo puede hacer algún esfuerzo para ocultarlo. La sonrisa fija, la risa nerviosa y hueca, las manos atareadas, la mirada baja que oculta la expresión de los ojos. Esos gestos proporcionan al individuo una pantalla detrás de la cual ocultarse mientras trata de volver a dar a sus sentimientos el ritmo normal y de entrar otra vez en juego. Así, mientras pronuncia un discurso público, puede lograr dominar la voz y dar una impresión de tranquilidad y sin embargo los que están sentados a su lado, podrán ver que le tiemblan las manos o que sus tics faciales desmienten su compostura exterior (Goffman, 1970: 94)

En "Estigma" Goffman analiza cómo los atributos que convierten a una persona en estigmatizable establecen pautas de comportamientos y prácticas que son relacionales. En algunos casos, parten de las distinciones biomédicas entre

lo normal y patológico. A su vez, este autor diferencia entre los estigmas que se pueden ocultar y aquellos que no, rasgos corporales o problemas para caminar, moverse, actuar son rasgos que están inscriptos en la corporalidad difíciles de ocultar.

Emociones

Una persona tiende a experimentar una reacción emocional inmediata ante la cara que le permite el contacto con los otros; catectiza su cara; sus “sentimientos” quedan adheridos a ella. Si el encuentro confirma una imagen de la persona que ésta ha dado por sentada hace tiempo, es probable que tenga pocos sentimientos al respecto. Si los sucesos le establecen una cara mejor de la que habría podido esperar, es probable que “se sienta bien”; si no se cumplen sus expectativas comunes, se supone que se sentirá mal o se “sentirá ofendida”
Goffman, 1970: 14

Desde la Sociología de las emociones, distintos autores plantean que las mismas se pueden analizar a partir de cuatro componentes: sentimientos, gestualización expresiva, conceptos relacionados y normas regulativas (Gordon, 1990). El primero se refiere a la génesis de la emoción, es decir cómo se vive o se experimenta una emoción o sentimiento –sensación–. El segundo se refiere a la expresión y gestualización fisiológica, corporal, es la conducta que involucra una emoción. Los componentes restantes se relacionan con normas y creencias y se vinculan con procesos socioculturales (Luna, 2007).

De acuerdo a Goffman, durante las interacciones surgen distintas sensaciones y emociones cuya creación pone de manifiesto los vínculos de las personas con otros. De acuerdo a la perspectiva fenomenológica de Merleau Ponty, retomo la noción de la experiencia de vivir en el mundo, no como algo pensado sino vivido. Es decir, el mundo se encuentra en la intersección de mis experiencias y las del otro. Además, es inseparable de la subjetividad y de la intersubjetividad porque su unidad está integrada por la reasunción de mis experiencias presentes, de las experiencias del otro y de las experiencias del otro en las mías (Merleau Ponty, 2003).

De esta forma, a pesar de que la intención del actor es actuar un personaje de acuerdo a la escena preparada previamente y, también, a lo esperado socialmente,

durante la interacción la persona se ve interpelada constantemente por situaciones inesperadas que aparecen y que tiene que resolver.

Para eso es fundamental la percepción que desarrollan los personajes, esto les permite que durante interacciones, sensaciones, emociones inesperadas que surgen en la interacción puedan actuar y modificar (con o sin éxito) la imagen de esos personajes. Es importante resaltar que para este autor, a pesar de los peligros constantes de interrupciones y caídas de situación, se espera que los miembros de los grupos respeten y mantengan esas situaciones. Es decir, se espera que voluntariamente y por identificación emocional (e intereses propios de mantener la interacción) salven las caras propias y de los otros.

Es un aspecto del trabajo de Goffman que permite responder a algunas críticas que se le hacen en relación a la poca o escasa referencia con cuestiones macro estructurales. Por el contrario, si bien la sociología de las emociones era un campo poco explorado mediado del siglo XX, las referencias de este autor a las emociones que surgen de los intercambios con otros como formas de mantener o caer situaciones, da cuenta de una referencia implícita a lo esperado por otros de acuerdo a posiciones en la estructura social.

El estudio de las emociones y de los sentimientos que aparecen en las interacciones cotidianas no sólo manifiesta lo esperado por otros en esa situación sino que tienen que ver con un contexto histórico cultural determinado que es el que le ofrece a los individuos sus códigos para sentir y expresar sus vivencias emocionales y afectivas de manera efectiva (Luna, 2007). Hay normas, valores y creencias que le dan distintos significados a las emociones y, a partir de las mismas, las definiciones de las situaciones varían positiva o negativamente. En estos casos intervienen y se vinculan múltiples variables como las significaciones que los individuos le atribuyen a esa emoción en ese contexto, las percepciones y sensaciones de los otros a partir de determinado estado emocional, lo aceptado socialmente como "correcto" y no exagerado, entre otros.

Goffman pone de manifiesto el papel protagónico de las emociones en las interacciones cotidianas. Sus estudios evidencian cuán difícil sería entender distintos tipos de relaciones vinculares dejando de lado el aspecto emocional. Más aún, de acuerdo a este autor, "son los sentimientos expresados de manera más espontánea los que concuerdan con el esquema formal del intercambio ritual de manera más elegante que los conscientemente meditados" (Goffman, 1970: 28)

Es importante mostrarse emocionado y controlado...

En todas partes las sociedades, si en verdad son sociedades, deben movilizar a sus miembros como participantes auto regulados en encuentros sociales. Una forma para movilizar al individuo para tal fin es el ritual, se les enseña a ser perceptivos, a tener sentimientos vinculados con el yo y un yo expresado por medio de la cara; a tener orgullo, honor y dignidad, a mostrar consideración, tener tacto y cierta proporción de aplomo
Goffman, 1970: 46

De acuerdo a los contextos y situaciones sociales, las emociones se distinguen en “positivas” y “negativas” según normas, reglas y modos de comportamientos que señalan y regulan formas de actuar y expresar de los sujetos. La sensibilidad atribuida a alguien por llorar ante determinada situación o la tolerancia de gritos en una discusión (o no) requiere de cierto marco de regulación y control que limite esos estados dentro de lo “normal”, evitando excesos y desequilibrios. El equilibrio y dominio de sí se encuentra por encima de lo emocional, incluso socialmente, se reconocen a las personas cuyo predominio de la racionalidad las mantiene equilibradas en ciertas situaciones.

Existe una regulación emocional vinculada con construcciones sociales que guían las conductas e imponen reglas y tradiciones. Este control tiene relación con el tiempo (intensidad y duración) de la emoción. Por ejemplo, hay emociones que son disruptivas por su intensidad y duración (Luna, 2007).

Goffman resalta la necesidad de que durante las interacciones ciertas emociones sean reguladas a fin de “controlarse” y, también, de evitar que esa interacción termine bruscamente.

El vínculo entre lo corporal y emocional reside en que las impresiones emitidas por el cuerpo (que se corresponden o no con la escena) intervienen en las sensaciones de todos los que forman parte de esa interacción.

Los cambios repentinos de estados (por ejemplo de la risa al llanto o euforia desmedida) pueden convertir esas situaciones en momentos incómodos (aunque como se mencionó previamente estas situaciones se tienden a mantener).

Surge, a modo de interrogante, reflexionar acerca de ¿por qué las personas necesitan mantener las situaciones y evitar momentos disruptivos durante las interacciones? ¿Qué implica emocionalmente experimentar estas disruptciones?

Los estudios que desde la sociología de los cuerpos y emociones exploran los vínculos entre sensaciones como la espera, la paciencia, la impotencia y las sociedades actuales ofrecen respuestas para comprender por qué es tan importante y necesario para los sujetos mantener las interacciones y evitar quiebres en los vínculos con otros (a pesar de que esos quiebres y fracturas se hagan evidentes y se los intente “salvar”, “emparchar” o “ligar” durante la interacción mediante estrategias que disminuyan el conflicto y la incomodidad de actuaciones inconclusas).

Los dispositivos de regulación de las sensaciones consisten en procesos de selección, clasificación y elaboración de las percepciones socialmente determinadas y distribuidas. La regulación implica la tensión entre sentidos, percepción y sentimientos que organizan las especiales maneras de “apreciarse en el mundo” que las clases y sujetos poseen (Scribano, 2007).

Las “prácticas del sentir” estructuran percepciones que construyen mediaciones sociales de las “formas adecuadas” de oler, mirar, tocar, gustar y oír. Las maneras socialmente válidas y aptas de sentir se cruzan con las lógicas de los sentimientos que constituyen unas formas de sensibilidad social particular donde se anidan las visiones, di-visiones y no-visiones del mundo naturalizadas y por ende aceptado y aceptable (Scribano, 2007:7)

Goffman articula de manera compleja y, por momentos, invisible lo espontáneo e inesperado con lo prefijado y correcto. El actor prepara un personaje de acuerdo a un conjunto de pautas, normas y prácticas socialmente estipuladas que indican qué es lo esperado por otros permitiendo que las interacciones se lleven a cabo sin inconvenientes. El instrumento protagónico que lleva a cabo la escena es el cuerpo, en él se observa un vínculo complejo entre ser una *máquina de emitir impresiones* y un *espíritu burocratizado*. Según Goffman, la *burocratización del espíritu* es lo que permite que las actuaciones se lleven a cabo de manera homogénea y siguiendo ciertas pautas acordadas (Goffman, 1970). Se trata de una burocratización de las emociones, sensaciones y corporalidad ya que en ese actuar se restringen prácticas y acciones de acuerdo al conjunto de normas y pautas “esperadas”.

La naturaleza humana universal no es una cosa muy humana. Al adquirirla la persona se convierte en una especie de construcción, fabricada no a partir de propensiones psíquicas interiores sino de reglas morales que le son impuestas desde afuera. Cuando estas reglas son

obedecidas, determinan la evaluación que se hará de sí misma y de sus coparticipantes en el encuentro, la distribución de sentimientos y los tipos de prácticas que empleará para mantener una clase de equilibrio ritual especificado y obligatorio. La capacidad general para sentirse obligado por reglas morales puede muy bien pertenecer al individuo, pero la serie determinada de normas que lo convierten en un ser humano deriva de exigencias establecidas en la organización ritual de los encuentros sociales (Goffman, 1970: 46).

A pesar de las diferencias, en todas las sociedades las personas adquieren cualidades que se convierten en construcciones creadas de acuerdo a reglas morales que se imprimen sobre ellos. La distribución de emociones en el encuentro va a mantener determinadas impresiones, obligaciones y equilibrios en el ritual. Es decir, los individuos siguen reglas que provienen de una organización ritual de los encuentros sociales (Goffman, 1970). Este cercamiento y “modos correctos” de actuar llevan a un concepto desarrollado por Goffman que permite reflexionar sobre el tipo de vínculos que este autor encuentra en los intercambios cotidianos. Dice Goffman que las personas somos *mercaderes de la moral* porque estamos más interesados en parecer que ser. Actuamos de acuerdo a lo que los demás esperan más que a nuestras creencias. Por ejemplo, sabemos que “está mal” y es sancionado socialmente tirar un papel en la calle. No obstante, si nadie nos está mirando lo hacemos de todas formas. Pero, si estamos en compañía de otras personas podemos cambiar nuestra acción para “parecer preocupados por el medio ambiente”.

Las características contextuales de reuniones, ocurran o no éstas en ocasiones sociales, se pueden dividir en dos formas principales. Una interacción difusa alude a todos aquellos gestos y señales que pueden ser comunicados entre individuos por el mero hecho de su co-presencia en un contexto específico. Las propiedades físicas del cuerpo y el alcance limitado de la postura del rostro son restricciones decisivas aquí. Una interacción convergente ocurre donde dos o más individuos coordinan sus actividades por medio de una intersección continuada de expresión facial y voz (Giddens, 2006:105).

Este conjunto de saberes, prácticas y comportamientos son compartidos socialmente y movilizan a sus miembros como participantes autorregulados en

los encuentros sociales. Una forma de movilizar al individuo para tal fin es el ritual; se le enseña a ser perceptivo, a tener sentimientos vinculados con el yo y un yo expresado por medio de la cara; a tener orgullo, honor, dignidad, a mostrar consideración, a tener tacto y cierta proporción de aplomo. Se trata de elementos de la conducta que, si las personas quieren hacer un uso práctico de los mismos durante las interacciones, deben ser in-corporados.

El idioma corporal es un discurso convencionalizado y, también, un discurso normativo. Es decir, existe de manera generalizada una obligación de transmitir cierta información cuando se está en presencia de otros y una obligación de no transmitir otras impresiones. (...) Aunque un individuo pueda dejar de hablar, no puede dejar de comunicar a través de un idioma corporal. (...) Paradójicamente, el modo en que puede dar la menor información sobre sí mismo –aunque siga siendo apreciable– es ajustarse a lo que se espera de las personas de su clase y actuar de ese modo (Goffman, 1980 en Giddens 2006:113)

Los aportes de Goffman que permiten entender el mantenimiento y la reproducción de los encuentros son aquellos que focalizan en la relación entre el gobierno del cuerpo (registrar movimientos, postura, gestos, etc.) y la coordinación entre el tacto y las demandas de los otros (Giddens, 2006). En este sentido, a través de la in-corporación de valores, conductas, modos de comportamientos, creación de estigmas, “reglas de etiqueta” e instituciones sociales, este autor muestra la importancia del manejo de las emociones y corporalidad para relacionarnos con otros y mantener (o no) las situaciones en las que nos involucramos en la cotidianidad.

Críticas frecuentes al autor...

En “Qué significa hablar” (2001) Bourdieu resalta la importancia de las condiciones macro estructurales como las diferencias sociales, económicas, de género, entre otras, que ocultan cómo los intercambios desiguales en el mercado lingüístico son formas de dominación que intervienen en los vínculos entre los sujetos. Mediante algunos ejemplos, este autor analiza cómo la clase social condiciona la hexis corporal y los modos de hablar. Las relaciones sociales no se dan entre “iguales” sino que existe una estructura por detrás de los sujetos que

influye y condiciona el desarrollo de esas interacciones. Este texto se considera como la contracara de “la presentación de la persona en la vida cotidiana” por las referencias a las condiciones macro estructurales que Goffman “olvida” al centrar su estudio en los detalles de las micro interacciones cotidianas.

No obstante, el análisis de distintos trabajos realizados por Goffman permiten dar cuenta de las reiteradas referencias que este autor hace a las emociones y disposiciones corporales aceptadas o no socialmente (y, consecuentemente, a las formas de regular los modos de actuar). Indagar en los detalles que dan forma a las situaciones y mantienen las interacciones permite dar cuenta de un modo particular de explorar cómo en las emociones, sensaciones y percepciones que explora este autor se pueden rastrear procesos macro estructurales que intervienen en los intercambios cotidianos.

La necesidad de regular las emociones y, al mismo tiempo, mostrarlas para ser “verosímil”, permite dar cuenta de las formas en que a través de las experiencias corporales y emocionales se encierran significados, normas, valores y creencias que le dan sentido a nuestras prácticas, formas de actuar, interactuar y ser en el mundo.

En “Internados” Goffman analiza relaciones de poder y dominación mediante los vínculos entre pacientes, enfermeros y médicos. El ingreso de los sujetos a la institución hasta el “aprendizaje” de sus normas y reglas de convivencia requiere de un proceso de conocimiento que concluye en una “adaptación” a lo que los demás esperan actuando de acuerdo a las expectativas de los otros a partir de la noción de *carrera moral*.

La *carrera moral* es una experiencia de aprendizaje relativa a la modificación del yo que se espera y se demanda (Goffman, 2007). Existe un poder, en este caso el de los enfermeros, que les deja poco margen de acción a los pacientes.

Algo similar sucede en “Estigma”, las personas tienen atributos estigmatizables en relación a otras que no los tienen. Son defectos creados socialmente que se reproducen e intervienen en las interacciones. En las interacciones cotidianas surgen un conjunto de saberes, prácticas y experiencias propias de cada uno de los personajes que les indican cómo comportarse y actuar de acuerdo a las situaciones en las que se encuentran involucrados. De esta forma, la estructura está presente en las expresiones corporales y emocionales de las personas ya que cuando actúan de acuerdo a lo esperado, cuando esconden algo que consideran estigmatizante o cuando modifican sus comportamientos ante una autoridad superior se pone de manifiesto toda la estructura social que interviene haciendo que esa situación pueda caer o no.

No se trata de actuar como cada uno quiere, sino que hay condiciones que no se pueden controlar y que tienen que ver con prácticas hechas cuerpo que en determinadas situaciones pueden intervenir y “desestabilizar” (o no) las interacciones.

Reflexiones finales

He dado por supuesto que podemos conocer las ceremonias estudiando una situación secular contemporánea: la del individuo que ha declinado el empleo del idioma ceremonial de su grupo en una forma aceptable y ha sido hospitalizado
Goffman, 1970: 87

Goffman se propone estudiar lo “normal” a partir de lo “anormal” y en la analogía entre las representaciones teatrales y los encuentros cotidianos describe de manera clara y precisa su concepción sobre el modo en que se conforma el sí mismo así como el lugar especial y protagónico que le otorga a la corporalidad. Los actores desarrollan distintos personajes en sus vidas cotidianas de acuerdo a las situaciones y, al mismo tiempo, aparecen eventos inesperados que el personaje debe “resolver”.

Para eso, “la prevalencia del *tacto* en encuentros sociales, la reparación de malestares en la trama social, y el sostenimiento de una *confianza* en los otros, más bien indica un interés predominante por la protección de una continuidad social” (Giddens, 2006:104)

El actor prepara un papel, lo memoriza y ensaya pero es en el encuentro con otros y convertido en personaje cuando ese papel se pone en juego. Si al final de la obra el público cree en ese papel “aplaude”, de lo contrario, silencio. Lo mismo sucede en las interacciones cara a cara que analiza Goffman. Las personas se encuentran con otras y buscan generar la mayor cantidad de impresiones positivas a fin de que su imagen sea la esperada y aceptada por todos. En caso de que surjan imprevistos, de que el cuerpo se manifieste con señales incorrectas o de que la información que uno dice no se corresponda con la que emana, los otros personajes podrán optar por creer o no en ese papel determinando el sí mismo de la persona.

En Goffman el vínculo entre lo cognitivo y afectivo está profundamente entrelazado ya que el actor y el personaje son dos instancias del individuo cuya

distinción analítica permite dar cuenta de las dificultades y las interferencias en los vínculos con otros. No siempre lo que uno se propone hacer es lo que efectivamente se lleva a la práctica. De esta forma, la diferencia entre el actor que “prepara una escena” y el personaje que la lleva a la acción incorpora lo vincular como un aspecto central a tener en cuenta en las interacciones cotidianas. De algún modo, es la mirada del otro (y las normas, reglas, comportamientos socialmente “aceptados”) lo que define y da forma a una actuación y, por lo tanto, estas actuaciones se pueden reformular constantemente.

Asimismo, mientras se actúa es complejo racionalizar los dichos y las prácticas, por eso, es difícil para los personajes controlar y regular (a pesar de que existen prácticas, normas, pautas hechas cuerpo que limitan formas de accionar) lo imprevisto y, por eso, la posibilidad de que más allá de lo verbal la corporalidad intervenga e influya en las interacciones cotidianas es tan novedoso como relevante.

Para Goffman el cuerpo cumple un rol protagónico en la comunicación de gestos, impresiones, sensaciones y emociones. La dificultad de los personajes es estar presentes en la acción mientras controlan sus expresiones corporales y emocionales. Es decir, si mientras “actúa”, el personaje “piensa”, se convierte en actor y deja de estar presente, activo y perceptivo durante la interacción.

Bibliografía

- BOURDIEU, P. (2001) *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Ediciones Akal.
- CHEJOV, A. (1959) *Al Actor. Sobre la técnica de actuación*. México: Editorial Constanza S.A.
- GIDDENS, A. (2006) *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GOFFMAN, E. (1970) *Ritual de la Interacción*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- _____ (2006a) *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (2006b) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (2007) *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GORDON, S. L. (1990) “Social Structural Effects on Emotions”, en: *Research*

- Agenda in the Sociology of Emotions*. Kemper D. (comp) State University of New York Press. pp.145-179.
- LUNA, R. (2007) "Emociones y subjetividades. Continuidades y discontinuidades en los modelos culturales", en Luna R. y Scribano A. (comps.), *Contigo aprendí...Estudios sociales de las emociones*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba pp. 233-47.
- MEAD, G. (1953) *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- MERLEAU PONTY, M. (2003) *Fenomenología de la percepción*. México: Fondo de Cultura económica.
- SCRIBANO, A. (2007) ¡Vete tristeza...viene con pereza y no me deja pensar! Hacia una sociología del sentimiento de impotencia, en Luna R. y Scribano A. (comps.) *Contigo aprendí...Estudios sociales de las emociones*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.